

## RUBÉN DARÍO

Rubén Darío nace en Metapa (Nicaragua), en 1867. En su fe de bautismo, fechada en León, figura como Félix Rubén García Sarmiento, nombre que él cambiará en Rubén Darío. Mestizo, del indio hereda la sensualidad y la melancolía, y, del español, el ímpetu, la imprevisión y la nobleza.

Estudia en los jesuitas y en el Instituto Nacional

A los doce años comienza a leer con voracidad y sin plan a los poetas españoles y escribe, en verso y en prosa, en los periódicos locales. A los catorce, recibe el primer desengaño amoroso y se expatria a El Salvador. A los diecinueve marcha a Chile.

En Chile sacia su sed de lectura: poetas franceses, españoles, italianos, alemanes, ingleses..., y publica un libro revolucionario en poesía, *Azul*.

Su popularidad como poeta y periodista le lleva a las representaciones diplomáticas: en 1892, representante oficial de Nicaragua en España para las fiestas del IV Centenario del Descubrimiento; cónsul general de Colombia en Buenos Aires; cónsul general de Nicaragua en París; miembro de la Conferencia Panamericana de Brasil (1906); ministro plenipotenciario de Nicaragua en España... Pero vive del periodismo, como corresponsal de *La Nación*, de Buenos Aires, y como director de varias revistas.

Vive en Madrid, París y Baleares y viaja por Europa y Norteamérica.

Muere en León (Nicaragua) en 1916. Había vivido desordenadamente cincuenta y un años.

## **OBRA POÉTICA**

Rubén Darío es una de las figuras máximas de la poesía española y uno de sus más eficaces renovadores. Es grande por su potencia lírica, por la extensión y variedad de su producción y por sus aciertos musicales y plásticos. Sus dos timbres de gloria son: el haber sido intérprete de los sentimientos de una raza y el haber sido el reformador del verso castellano.

La producción poética de Rubén Darío empieza a los doce años y no concluirá hasta su muerte. Se calcula que escribió un millar de composiciones, de las que se han reunido ya unas ochocientas.

Sus principales libros de versos aparecieron en este orden:

*Primeras notas* (Managua, 1885), publicado en 1888. - *Abrojos* (Valparaíso, 1887). *Rimas* (Valparaíso, 1888). Son sus primeros tanteos poéticos.

*Azul* (Valparaíso, 1888) abre una época nueva en la poesía de Rubén Darío y en toda la poesía hispanoamericana.

*Prosas profanas* (Buenos Aires, 1896) da la galanura y el brillo del Modernismo.

*Cantos de vida y esperanza* (Madrid, 1905) señala la cumbre, la plenitud del nicaragüense. Será la obra más sólida e importante de toda su carrera estelar.

*El canto errante* (Madrid, 1907). Comienza el declive otoñal del poeta.

*Poema del otoño y otros poemas* (Madrid, 1910), *Canto a la Argentina y otros poemas* (Madrid, 1914).

*El canto del cisne* (Managua, 1915) es su último libro.

*Azul*, *Prosas profanas* y *Cantos de vida y esperanza* son los tres libros fundamentales de Rubén Darío. *Azul* y *Prosas profanas* son dos obras cosmopolitas y francesas; *Cantos de vida y esperanza* es una obra americana y española.

Además de poeta fue uno de los mejores prosistas de la época. Como corresponsal y colaborador de diversos periódicos escribió muchísimo en prosa. Libros: *La caravana pasa*, *Los raros*, *España contemporánea*, *Viaje a Nicaragua*, etc.

## CARACTERÍSTICAS

Las características más notables del Modernismo fueron:

1. Preferencia por temas, motivos, ambientes exóticos o irreales, alejados del tiempo y de las circunstancias grises de la vida corriente.
2. Tono aristocrático, exquisito. «Mi respeto por la aristocracia del pensamiento, por la nobleza del arte, siempre es el mismo.»
3. Culto a la belleza sensorial. Musicalidad, luz y color.
4. Preocupación por la métrica y el ritmo.
5. Expresión de lo personal.

En el caso de Rubén Darío habría que añadir un sexto punto: Interés por lo indígena de América y por lo decadente de Europa.

Rubén Darío, al igual que los poetas modernistas que le siguen, busca arropar la poesía con la belleza de la forma externa.

Para ello crea una rica gama cromática que le permite encuadrar cada asunto o estado de ánimo dentro del color apropiado; enriquece el verso español con sonoridades y cadencias insospechadas; revoluciona la métrica con nuevos ritmos, e incorpora al léxico poético neologismos y voces exóticas de grata sonoridad.

Los mayores logros los obtiene en el campo de la métrica. Guiado por su formidable instinto de la melodía y del ritmo, Rubén inventa, resucita e incorpora las más diversas combinaciones estróficas o rítmicas y realiza magníficas adaptaciones de la versificación grecolatina.

Su entusiasmo por el color y su gusto por lo refinado llevan al poeta a elegir los materiales más brillantes, vistosos y raros: pedrería, perlas, oro, plata, pavos reales, cisnes, flores, mariposas, sedas, tules y perfumes.

La poesía más brillante —no la mejor— de Rubén se halla recogida en *Prosas profanas*. Es una poesía que entra por los ojos y por los oídos, llena de lagos, de princesas melancólicas, de náyades y sátiros paganos y de una fauna y flora sorprendentes.

Tres muestras de esta poesía luminosa, musical y aristocrática son:

*Sonatina*. Una ensoñación literaria, dulcemente melancólica, muy francesa y muy siglo XVIII. Es el poema típico de la castellanización suave del alejandrino francés.

*Marcha triunfal*, toda ritmo, que parece escrita a los acordes de una marcha wagneriana. El efecto conseguido es magnífico. Externamente, no tiene rival en toda la historia del verso castellano.

*Responso a Verlaine*. Es una muestra del poeta exquisito, pagano y griego, con un vago anhelo de cristianismo en la lejanía.

## SONATINA

La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?  
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,  
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.  
La princesa está pálida en su silla de oro;  
está mudo el teclado de su clave sonoro,  
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.  
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,  
y, vestido de rojo, piruetea el bufón.  
La princesa no ríe, la princesa no siente;  
la princesa persigue por el cielo de Oriente  
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China,  
o en el que ha detenido su carroza argentina  
para ver de sus ojos la dulzura de luz?  
¿O en el rey de las islas de las rosas fragantes,  
o en el que es soberano de los claros diamantes,  
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ayl, la pobre princesa de la boca de rosa  
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,  
tener alas ligeras, bajo el cielo volar;  
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,  
saludar a los lirios con los versos de mayo,  
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,  
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,  
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.  
Y están tristes las flores por la flor de la corte,  
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,  
de Occidente, las dalias, y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!  
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,  
en la jaula de mármol del palacio real:  
el palacio soberbio que vigilan los guardas,  
que custodian cien negros con sus cien alabardas,  
un lebrél que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh, quién fuera hipsipila que dejó la crisálida!  
(La princesa está triste, la princesa está pálida.)  
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!  
¡Quién volara a la-tierra donde un príncipe existe,  
—la princesa esta pálida, la princesa está triste—  
más brillante que el alba, más hermoso que abril!

«Calla, calla, princesa —dice el hada madrina—:  
en caballo con alas, hacia acá se encamina,  
en el cinto la espada y en la mano el azor,  
el feliz caballero que te adora sin verte,  
y que llega de lejos vencedor de la muerte,  
a encenderte los labios con un beso- de amor.»

*(Prosas profanas)*

## MARCHA TRIUNFAL

¡Ya viene el cortejo!  
¡Ya viene el cortejo! Ya se oyen los claros clarines.  
La espada se anuncia con vivo reflejo.  
¡Ya viene, oro y hierro, el cortejo de los paladines!

Ya pasa debajo los arcos ornados de blancas  
[Minervas y Martes,  
los arcos triunfales en donde las Famas erigen sus  
[largas trompetas,  
la gloria solemne de los estandartes,  
llevados por manos robustas de heroicos atletas.

Se escucha el ruido que forman las armas de los  
[caballeros,  
los frenos que mascan los fuertes caballos de guerra,  
los cascos que hieren la tierra,  
y los timbaleros,  
que el paso acompañan con ritmos marciales.  
¡Tal pasan los fieros guerreros  
debajo los arcos triunfales!

Los claros clarines, de pronto, levantan sus sonos,  
su canto sonoro,  
su cálido coro,  
que envuelve en un trueno de oro  
la augusta soberbia de los pabellones.  
Él dice la lucha, la herida venganza,  
las ásperas crines,  
los rudos penachos, la pica, la lanza,  
la sangre que riega de heroicos carmines  
la tierra;  
los negros mastines  
que azuza la muerte, que rige la guerra.

Los áureos sonidos  
anuncian el advenimiento  
triumfal de la gloria;  
dejando el picacho que guardan sus nidos,  
tendiendo sus alas enormes al viento,  
los cóndores llegan. ¡Llegó la victoria!

Ya pasa el cortejo.  
Señala el abuelo los héroes al niño.  
-Ved cómo la barba del viejo  
los bucles de oro circunda de armiño-  
Las bellas mujeres aprestan coronas de flores,  
y, bajo los pórticos, vense sus rostros de rosa  
y la más hermosa  
sonríe al más fiero de los vencedores.

¡Honor al que trae cautiva la extraña bandera;  
honor al herido y honor a los fieles  
soldados que muerte encontraron por mano  
[extranjera!  
¡Clarines! ¡Laureles!

Las nobles espadas de tiempos gloriosos  
desde sus panoplias, saludan las nuevas coronas y  
[lauros.

-Las viejas espadas de los granaderos, más fuertes  
[que osos,  
hermanos de aquellos lanceros que fueron centauros-  
Las trompas guerreras resuenan;  
de voces los aires se llenan...

A aquellas antiguas espadas,  
a aquellos ilustres aceros,  
que encarnan las glorias pasadas...  
¡Y al sol que hoy alumbra las nuevas victorias ganadas,  
y al héroe que guía su grupo de jóvenes fieros,  
al que ama la insignia del suelo materno,  
al que ha desafiado, ceñido el acero y el arma en la  
[mano

los soles del rojo verano,  
las nieves y vientos del gélido invierno,  
la noche, la escarcha,  
el odio y la muerte, por ser por la patria inmortal,  
saludan con voces de bronce las trompas de guerra  
[que tocan la marcha  
triumfal!...

*(Cantos de vida y esperanza)*

## A MARGARITA DEBAYLE

Margarita, está linda la mar,  
y el viento  
lleva esencia sutil de azahar;  
yo siento  
en el alma una alondra cantar:  
tu acento.  
Margarita, te voy a contar  
un cuento.

Este era un rey que tenía  
un palacio de diamantes,  
una tienda hecha del día  
y un rebaño de elefantes,

un quiosco de malaquita,  
un gran manto de tisú  
y una gentil princesita,  
tan bonita,  
Margarita,  
tan bonita como tú.

Una tarde la princesa  
vio una estrella aparecer;  
la princesa era traviesa  
y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla  
decorar un prendedor,  
con un verso y una perla,  
una pluma y una flor.

(Las princesas primorosas  
se parecen mucho a ti:  
cortan lirios, cortan rosas,  
cortan astros... Son así)

Pues se fue la niña bella,  
bajo el cielo y sobre el mar,  
a cortar la blanca estrella  
que le hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,  
por la luna y más allá;  
mas lo malo es que ella iba  
sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta  
de los parques del Señor,  
se miraba toda envuelta  
en un dulce resplandor.

Y el rey dijo: «¿Qué te has hecho?  
Te he buscado y no te hallé;  
y, ¿qué tienes en el pecho,  
que encendido se te ve?»

La princesa no mentía.  
Y, así, dijo la verdad:  
«Fui a cortar la estrella mía  
a la azul inmensidad.»

Y el rey clama: «¿No te he dicho  
que el azul no hay que tocar?  
¡Qué locura! ¡Qué capricho!  
El Señor se va a enojar.»

Y dice ella: «No hubo intento:  
yo me fui no sé por qué.  
Por las olas y en el viento  
fui a la estrella y la corté.»

Y el papá dice enojado:  
«Un castigo has de tener:  
vuelve al cielo, y lo robado  
vas ahora a devolver.»

La princesa se entristece  
por su dulce flor de luz,  
cuando entonces aparece,  
sonriendo, el buen Jesús.

Y así dice: «En mis campiñas  
esa rosa le ofrecí:  
son las flores de las niñas  
que, al soñar, piensan en mí.»

Viste el rey ropas brillantes;  
y hace luego desfilar  
cuatrocientos elefantes  
a las orillas del mar.

La princesita está bella,  
pues ya tiene el prendedor  
en que lucen, con la estrella,  
verso, perla, pluma, flor.

Margarita, está linda la mar,  
y el viento  
lleva esencia sutil de azahar:  
tu aliento.  
Ya que lejos de mí vas a estar,  
guarda, niña, un gentil pensamiento  
al que un día te quiso contar  
un cuento

## EL VERSO SUTIL

El verso sutil que pasa o se posa  
sobre la mujer o sobre la rosa,  
beso puede ser, o ser mariposa.

En la fresca flor el verso sutil,  
el triunfo de Amor en el mes de abril:  
amor, verso y flor, la niña gentil.

Amor y dolor. Halagos y enojos.  
Herodías ríe en los labios rojos.  
Dos verdugos hay que están en los ojos.

¡ Oh!, saber amar es saber sufrir,  
amar y sufrir, sufrir y sentir,  
y el hacha besar que nos ha de herir...

¡Rosa de dolor, gracia femenina;  
inocencia y luz, corola divina!  
Y aroma fatal y cruel espina...

Líbranos, Señor, de abril y la flor,  
y del cielo azul, y del ruiseñor  
de dolor y amor, líbranos, Señor.

*(Cantos de vida y esperanza)*

## Amargura

Por encima de todos los devaneos, se descubre en la poesía del nicaragüense un corazón que sufre, un alma amargada por los más hondos problemas.

Padeció por su administración manirrota —casi siempre alcanzado de dinero y comido de deudas—, por la acidez consecuente al goce desordenado de los sentidos, por su fe vacilante, por su visión pesimista del hombre, por la incertidumbre de su América ante la incontenible expansión yanqui, y, sobre todo, por el temeroso misterio del más allá.

Tan amargado llegó a estar el corazón de Rubén Darío, que, en su último poema, *Divagaciones*, llegará a escribir:

*«Cual la de mi Señor Jesucristo, mi alma está triste hasta la muerte.»*

Nos confiesa en *Preludio* que de su juventud sólo le queda un regusto amargo.

*¡En el placer hay la melancolía!, exclama en *Los tres Reyes Magos*.*

## PRELUDIO

Yo soy aquel que ayer no más decía  
el verso azul y la canción profana,  
en cuya noche un ruiseñor había  
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,  
lleno de rosas y de cisnes vagos;  
el dueño de las tórtolas, el dueño  
de góndolas y liras en los lagos;

y muy siglo XVIII y muy antiguo  
muy moderno; audaz, cosmopolita;

## CAUPOLICÁN

Es algo formidable que vio la vieja raza;  
robusto tronco de árbol al hombro de un campeón  
salvaje y aguerrido, cuya fornida maza  
blandiera el brazo de Hércules, o el brazo de Sansón.

Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,  
pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,  
—lancero de los bosques, Nemrod que todo caza—,  
desjarretar un toro, o estrangular un león.

Anduvo, anduvo, anduvo. Le vio la luz del día,  
le vio la tarde pálida, le vio la noche fría,  
y siempre el tronco de árbol a cuestras del titán.

«¡El Toqui, el Toqui!», clama la conmovida casta.  
Anduvo, anduvo, anduvo. La aurora dijo: «Basta»,  
e irguióse la alta frente del gran Caupolicán.

*(Azul)*

Es amarga la idea que tiene de los hombres: *Letanía de nuestro señor don Quijote y Los motivos del lobo*. En esta última composición tuerce el final histórico del lobo domesticado, muerto en la paz del convento, para subrayar la malicia humana.

Por último, la muerte constituyó la obsesión, la pesadilla del poeta. Le fue inútil reaccionar, orillándose en el placer, en el alcohol, en el agnosticismo. Ante el misterio pavoroso del más allá hubiera preferido ser árbol o piedra: *Lo fatal*.

## LOS MOTIVOS DEL LOBO

El varón que tiene corazón de lis,  
alma de querube, lengua celestial,  
el mínimo y dulce Francisco de Asís,  
está con un rudo y torvo animal,  
bestia temerosa, de sangre y de robo,  
las fauces de furia, los ojos de mal:  
el lobo de Gubbia, el terrible lobo.  
Rabioso ha assolado los alrededores,  
cruel ha deshecho todos los rebaños:  
devoró corderos, devoró pastores,  
y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros  
fueron destrozados. Los duros colmillos  
dieron cuenta de los más bravos perros,  
como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió;  
al lobo buscó  
en su madriguera.  
Cerca de la cueva encontró a la fiera  
enorme, que al verlo se lanzó feroz  
contra él. Francisco, con su dulce voz,  
alzando la mano,  
al lobo furioso dijo: «Paz, hermano  
lobo.» El animal  
contempló al varón de toско sayal;  
dejó su aire arisco,  
cerró las abiertas fauces agresivas,  
y dijo: «¡Está bien, hermano Francisco!»  
«¡Cómo! —exclamó el santo—. ¿Es ley que tú vivas  
de horror y de muerte?  
La sangre que vierte  
tu hocico diabólico, el duelo y espanto  
que esparces, el llanto  
de los campesinos, el grito, el dolor  
de tantas criaturas de Nuestro Señor,  
¿no han de contener tu encono infernal?  
¿Vienes del infierno?  
¿Te ha infundido acaso su rencor eterno  
Luzbel o Belial?»

Y el gran lobo, humilde: «¡Es duro el invierno,  
y es horrible el hambre! En el bosque helado  
no hallé qué comer; y busqué el ganado  
y, a veces, comí ganado y pastor.  
¿La sangre?... Yo vi más de un cazador  
sobre su caballo, llevando el azor

al puño; o correr tras el jabalí,  
el oso o el ciervo; y a más de uno vi  
mancharse de sangre, herir, torturar,  
de las roncadas trompas, al sordo clamor,  
a los animales de Nuestro Señor.  
Y no era por hambre, que iban a cazar.»  
Francisco responde: «En el hombre existe  
mala levadura.  
Cuando nace, viene con pecado. Es triste.  
Mas el alma simple de la bestia es pura.  
Tú vas a tener  
desde hoy qué comer.  
Dejarás en paz  
rebaños y gentes de este país.  
¡ Que Dios melifique tu ser montaraz!»  
«Está bien, hermano Francisco de Asís.»  
«Ante el Señor, que todo ata y desata,  
en fe de promesa, tiéndeme la pata.»  
El lobo tendió la pata al hermano  
de Asís, que, a su vez, le alargó la mano.  
Fueron a la aldea. La gente veía  
y, lo que miraba, casi no creía:  
tras el religioso, iba el lobo fiero,  
y, baja la testa, quieto le seguía  
como un can de casa o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza  
y allí predicó.  
Y dijo: «He aquí una amable caza.  
El hermano lobo se viene conmigo;  
me juró ya no ser nuestro enemigo,  
y no repetir su ataque sangriento.  
Vosotros, en cambio, daréis su alimento  
a la pobre bestia de Dios.» «¡Así sea! »,  
contestó la gente toda de la aldea.  
Y luego, en señal  
de contentamiento,  
movió testa y cola el buen animal,  
y entró con Francisco de Asís al convento.

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo  
en el santo asilo.  
Sus bastas orejas los salmos oían  
y los claros ojos se le humedecían.  
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos  
cuando, a la cocina, iba con los legos.  
Y cuando Francisco su oración hacía,  
el lobo las pobres sandalias lamía.

Salía a la calle,  
iba por el monte, descendía al valle,  
entraba a las casas, y le daban algo  
de comer. Mirábanle como un manso galgo.  
Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo  
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo,  
desapareció, tornó a la montaña,  
y recomenzaron su aullido y su saña.  
Otra vez sintióse el temor, la alarma,  
entre los vecinos y entre los pastores;  
colmaba el espanto los alrededores,  
de nada servían el valor y el arma,  
pues la bestia fiera  
no dio treguas a su furor jamás,  
como si tuviera  
fuegos de Moloch o de Satanás.  
Cuando volvió al pueblo el divino santo  
todos lo buscaron con quejas y llanto,  
y con mil querellas dieron testimonio  
de lo que sufrían y perdían tanto  
por aquel infame lobo del demonio.

Francisco se puso severo.  
Se fue a la montaña  
a buscar al falso lobo carnicero.  
Y, junto a su cueva, halló a la alimaña.  
«En nombre del Padre del sacro universo,  
conjuróte —dijo—, ¡oh lobo perverso!,  
a que me respondas: ¿Por qué has vuelto al mal?  
Contesta. Te escucho.»

Como en sorda lucha, habló el animal,  
la boca espumosa y el ojo fatal:  
«Hermano Francisco, no te acerques mucho...  
Yo estaba tranquilo, allá, en el convento:  
al pueblo salía,

y, si algo me daban, estaba contento  
y manso comía.  
Mas empecé a ver que en todas las casas  
estaban la envidia, la saña, la ira,  
y en todos los rostros ardían las brasas  
de odio, de lujuria, de infamia y mentira.  
Hermanos a hermanos hacían la guerra,  
perdían los débiles, ganaban los malos,  
hembra y macho eran como perro y perra,  
y un buen día todos me dieron de palos.  
Me vieron humilde, lamía las manos  
y los pies. Seguía tus sagradas leyes:  
todas las criaturas eran mis hermanos:  
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,  
hermanas estrellas y hermanos gusanos.  
Y así, me apalearon y me echaron fuera,  
y su risa fue como un agua hirviente,  
y entre mis entrañas revivió la fiera,  
y me sentí lobo malo de repente;  
mas siempre mejor que esa mala gente.  
Y recomencé a luchar aquí,  
a me defender y a me alimentar,  
como el oso hace, como el jabalí,  
que para vivir tiene que matar.  
Déjame en el monte, déjame en el risco,  
déjame existir en mi libertad;  
vete a tu convento, hermano Francisco,  
sigue tu camino y tu santidad.

El santo de Asís no le dijo nada.  
Le miró con una profunda mirada,  
y partió con lágrimas y con desconsuelos,  
y habló al Dios eterno de su corazón.  
El viento del bosque llevó su oración,  
que era: «Padre.nuestro, que estás en los cielos...»

*(Poema del otoño)*

## LO FATAL

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,  
y más la piedra dura porque esa ya no siente,  
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,  
y el temor de haber sido, y un futuro terror...  
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,  
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,  
y la carne que tienta con sus frescos racimos,  
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,  
¡y no saber adonde vamos, ni de dónde venimos...!

*(Cantos de vida y esperanza)*

## Rubén, cantor de una raza

Alejado en sus primeros libros de los lemas raciales, cuando se decide a inspirarse ellos, pone un fervor inigualable. A partir de *Cantos de vida y esperanza*, la voz de la sangre se deja oír de manera imperativa. Antes que lo francés está lo hispánico; antes que lo europeo, lo americano.

Este sentimiento racial, acrecido, exacerbado día a día, le lleva a considerarse ciudadano de todas y cada una de las repúblicas de habla hispana. Y se convierte en el cantor de la raza latina amenazada de absorción por la sajona.

Rubén Darío tiembla ante el porvenir, lleno de incertidumbres, de los países hispánicos, en *Los Cisnes*; se rebela ante la expansión yanqui, en *A ROOSVELT* y se levanta, con fe y entusiasmo, como profeta de esperanzas y nuevas aventuras en *Salutación del optimista*.

## A ROOSVELT

Es con voz de la Biblia o con verso de Walt  
[Whitman  
que habría que llegar hasta ti, Cazador.  
Primitivo y moderno, sencillo y complicado,  
con un algo de Washington y cuatro de Nemrod.  
Eres los Estados Unidos,  
eres el futuro invasor  
de la América ingenua que tiene sangre indígena,  
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.  
Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;  
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoi.  
Y domando caballos o asesinando tigres,  
eres un Alejandro-Nabucodonosor.  
(Eres un profesor de Energía,  
como dicen los locos de hoy.)

Crees que la vida es un incendio,  
que el progreso es una erupción,  
que, en donde pones la bala,  
el porvenir pones.  
No.  
Los Estados Unidos son potentes y grandes.  
Cuando ellos se estremecen, hay un hondo temblor  
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.  
Si clamáis, se oye como el rugir del león.  
Ya Hugo a Grant le dijo: «Las estrellas son vuestras.

(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol  
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.  
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;  
y alumbrando el camino de la fácil conquista,  
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.»  
Mas la América nuestra, que tenía poetas  
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyolt,  
que ha guardado las huellas de los pies del gran  
[Baco,  
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;  
que consultó a los astros, que conoció la Atlántida,  
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,  
que, desde los remotos momentos de su vida,  
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,  
la América del grande Moctezuma, del inca,  
la América fragante de Cristóbal Colón,  
la América católica, la América española,  
la América en que dijo el noble Guatemoc:  
«Yo no estoy en un lecho de rosas»; esa América  
que tiembla de huracanes y que vive de Amor,  
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.  
Y sueña. Y ama, y es la hija del Sol.  
Tened cuidado. ¡Vive la América española!  
Hay mil cachorros sueltos del León español.  
Se necesitaría, Roosevelt, ser Dios mismo,  
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,  
para poder tenernos en vuestras férreas garras.  
Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

(*Cantos de vida y esperanza*)